

## *Los ojos del destierro. La temática del exilio en la literatura española de la primera mitad del siglo XIX*

DAVID LOYOLA LÓPEZ

Gijón, Trea, 2018, 331 pp.

Uno de los caminos más directos hacia nuestros antepasados es el que nos lleva por sus emociones y sentimientos. Cuando conectamos con sus alegrías y sus pesares, con sus anhelos y sus miedos, tendemos a sentirlos mucho más cerca. Se manifiesta entonces una humanidad compartida que, a la vez que nos conmueve, nos invita a pensar en nuestra realidad presente y nos ayuda a entenderla un poco mejor.

Es esa transversalidad emocional la que hace que disciplinas, tan minusvaloradas hoy día, como son la Historia y la Filología se antojen necesarias, cuando no imprescindibles. Y es por ello por lo que *Los ojos del destierro*, de David Loyola López (excelente trabajo, galardonado ya con el premio de la Sociedad Española de Estudios del siglo XVIII), es una lectura tan recomendable.

Si hay algo que ha unido, a través del tiempo, a Séneca con Alberti, a estos con una científica española que ha tenido que emigrar a

Alemania, y a todos con un africano que se ha jugado la vida para cruzar el Estrecho, es la amplia paleta de sentires, no pocas veces contradictorios, que acarrea la vida de quien ha tenido que dejar su patria a la fuerza.

Si el nacionalismo es un constructo, tan útil políticamente como potencialmente irracional y fratricida, el amor a la patria es un sentimiento natural y comprensible. Es el apego al lugar que nos vio nacer, a nuestra gente, a nuestro idioma, a todos los referentes que conforman esa cultura que nos hace sentir en casa; y son esas las cosas que le son amputadas a quien se ve obligado al exilio. Al fin y al cabo, al decir de Simone Weil, «echar raíces quizá sea la necesidad más importante e ignorada del alma humana» (*apud* Loyola, p. 108).

Se ocupa David Loyola del fenómeno del destierro en la primera mitad del XIX, un periodo que ha recibido menos atención que la emigración forzosa que sucedió

a la caída de la II República, pero que no es menos significativo, pues abarca las primeras grandes oleadas de exiliados políticos en territorio español, que comprenden ante todo el éxodo de los afrancesados y los liberales, sin olvidarnos de experiencias menos conocidas pero también contempladas (con acierto) por el autor, como las de los carlistas. Exiliados “políticos”, insisto, propios de la quiebra del Antiguo Régimen y de la creciente complejidad del panorama ideológico, en un escenario distinto al transitado por los judíos y los moriscos expulsados más de tres siglos antes.

La acertada y meritoria propuesta de David Loyola consiste en la confección y estudio de un corpus literario («de cerca de 140 textos», Loyola, p. 25) vinculado al tema del exilio. Nos ofrece el libro la gran oportunidad de leer a autores tan célebres como Moratín, Meléndez Valdés, Espronceda, Martínez de la Rosa y un largo etcétera que incluye también a escritores (y escritoras, como Vicenta Maturana) menos conocidos, que reflejan en sus poemas, relatos y composiciones teatrales un —no pocas veces atormentado— individualismo que se retroalimenta con el Romanticismo propio de la época.

El destierro se manifiesta como una realidad tan patente y cotidiana que marca la identidad de quienes lo sufren, que se sienten, ante todo, exiliados. No es de extrañar que los muchos intelectuales que lo sufrieron hicieran referencia a su condición expatriada, utilizando la pluma para desahogarse de su angustia y exorcizarse de sus demonios («ante la negación de su identidad y la pérdida de su universo, el emigrado encuentra en la escritura un refugio en el que definirse, donde reencontrarse consigo mismo», Loyola, p. 16). Hablamos, por tanto, de un trabajo sobre la cultura del destierro (sus retratos literarios o evocaciones), sobre la mentalidad colectiva de los que lo sufrieron, más allá de aproximaciones biográficas o de vida cotidiana, sobre el cuadro de imágenes que estos autores (desde un Meléndez Valdés y un Larra, a otros bastante menos conocidos) hicieron de sí mismos, pero también de la España perdida (algo propio de un viaje que se ha acometido con los ojos más puestos en el origen que en el destino). Las voces poéticas de los exiliados se entrecruzan con armonía en un trabajo que ofrece al lector una serie de preciosas citas excelentemente hilvanadas por la cuidada prosa del autor.

Se aprecia así en la obra un concienzudo esfuerzo analítico que plantea dos bloques transversales de estudio, muchas veces concomitantes, pero siempre bien justificados junto a sus múltiples y afinados subepígrafos. Ni los bloques ni el protagonismo del colectivo ocultan las disonancias del coro de expatriados, pues existen casi tantas visiones del exilio como vivencias personales, como bien demuestra la polifonía de este estudio.

El primer apartado se ocupa de los tiempos del destierro (pasado, presente y futuro) y los diversos estados de ánimo que los acompañan. El pasado es el recuerdo de la patria, que se mueve entre la nostalgia por la pérdida y el resentimiento hacia una tierra ingrata, entre la idealización de España como víctima de la tiranía o su antagonización como país desagradecido («adiós, ingrata patria mía», escribió Moratín), cuando no verdugo. El presente es la realidad del exilio, para la que de nuevo encontramos visiones diversas, que llevan desde el más absoluto extrañamiento hasta el fuerte apego que un Blanco-White tuvo hacia su Inglaterra adoptiva. El futuro, cómo no, es la perspectiva del retorno a casa.

Refleja, así, la obra esa complejidad de la mentalidad del exiliado,

capaz de idealizar a la monarquía hispánica de época moderna con tal de sobredimensionar el despotismo fernandino; de defender la emancipación de las colonias americanas, tomando así partido por la libertad por encima del patriotismo; o de sentirse identificado con los moriscos (pero no con los judíos), como desterradas víctimas del despotismo.

El segundo bloque desgana los temas principales del destierro: la importancia del agua como elemento que separa a la patria de la tierra de acogida; la mencionada memoria histórica que lleva a los exiliados a identificarse con otros personajes o colectivos pasados que han sufrido la misma suerte; el idioma propio como elemento de identidad y vehículo de nostalgia («la patria del escritor es su lengua», diría Ayala; *apud* Loyola, p. 208), junto a la ansiedad y el desapego que provoca la necesidad de aprender uno nuevo; la imagen de la muerte metafórica o no; o la idea del regreso a la patria, que no pocas veces se torna decepcionante cuando se produce, y que puede dar lugar al sentimiento de exilio en la propia patria al darse el retornado de bruces con la realidad, tantas veces distinta a la expectativa, dando por buena la cita kantiana: «en realidad no se tiene nostalgia de un lugar, sino de un tiempo vivido

en ese lugar» (*apud* Loyola, p. 122).

El exilio sigue siendo un asunto tristemente vigente. Miles de españoles han abandonado el país en los últimos años para ganarse la vida porque su patria los maltrata con precariedad o desempleo, con una falta de respeto por el mérito que contrasta con la capacidad para captarlo de algunos de nuestros vecinos europeos. Investigadores e investigadoras como quien firma, sienten o han sentido esa mezcla de nostalgia y despecho que tan bien describe el autor de esta obra.

Pero, por desgracia, hay lecturas más amplias y más graves que la de la huida de un mercado laboral injusto. Vivimos en un mundo de refugiados y expatriados por motivos diversos (la guerra, la represión, el hambre...), que no dejan de ser reflejo del odio, la violencia y la opresión entre seres humanos. En nuestro propio país, parece que el sentimiento cainita vuelve a aflorar, anunciando tiempos peor que inciertos. Esperemos que nunca haya que hablar de una nueva generación de exiliados políticos españoles. Pongamos de nuestra parte para que no ocurra.

Antonio Calvo Maturana  
Universidad de Málaga